

Presentació de la conferència

Esther Giménez-Salinas

Rectora de la Universitat Ramon Llull

Podríamos explicar muchas cosas de Ángel Gabilondo. Hace quince días la contra de *La Vanguardia* les explicó muchísimas cosas más, y dado que probablemente dicha contra suele ser una cita obligada de muchas cosas, creo que la mayoría de nosotros ya lo conocemos.

Él acaba de ser reelegido en su segundo mandato de rector de la Universidad Autónoma de Madrid, una universidad, según los rankings objetivos, muy buena en España; no digo la mejor, porque la mejor no existe, pero una universidad española muy buena. Y es, además, vicerrector de la Conferencia de Rectores, cosa que a mí, personalmente, me afecta mucho y por eso lo conozco más, porque nos reunimos muy a menudo en las crisis que también sufren los mundos universitarios.

De todos sus libros, yo citaré quizás el último. El último porque yo creo que se ajusta mucho a la conferencia, en una línea muy diferente. Este último libro suyo es *Mortal de necesidad: la filosofía, la salud y la muerte*, del 2003.

Cuando le preguntamos el título de su conferencia, él dijo: «El valor de lo político: corazón y coraje». En lugar de hablar de idealismo, irrealismo, él prefirió utilizar los términos *corazón* y *coraje*. También decía: «Vamos a ver también si es un oficio, es una profesión o es una vocación, el mundo de la política».

Però tinc la sensació que vostès el volen escoltar a ell i no pas a mi, per tant, li passo la paraula. Moltes gràcies.

***Conferència inaugural:
«El valor de lo político: corazón y coraje»***

Àngel Gabilondo

Rector de la Universidad Autónoma de Madrid

Muchísimas gracias, y buenos días. Me voy a dirigir a ustedes en una lengua que amo, el castellano, pero lamento muchísimo no poderlo hacer en otra que también amo –otra lengua y otra cultura–, que es el catalán, y valga también esta intervención no hecha en catalán como una muestra de respeto y afecto a una lengua que me gustaría conocer lo suficiente como para dirigirme con dignidad ante ustedes. Pero entiendo que son ustedes también quienes acogen y comprenden la diversidad de las lenguas y también la posibilidad de que compartamos un pensamiento, como se ha dicho, unas ideas, unos principios y unas actitudes en común.

Muchísimas gracias, en primer lugar, al señor presidente Jordi Pujol, a este Centro de Estudios y a la rectora –no diré que es una de las mejores rectoras de España; entre otras cosas, lo que diré es que hay pocas, muy pocas, muchas menos de lo razonable, pero que, desde luego, ella también significa, en cuanto miembro del Comité Permanente de la Conferencia de Rectores, un estímulo, una seña de identidad de una universidad privada de gran calidad. Pero no habíamos quedado en piroparnos las universidades; entiéndase como muestra de afecto. Siempre he dicho que sin afectos no hay conceptos y, por tanto, si hemos de pensar, habremos de pensar en el horizonte de lo que sentimos, de lo que creemos, de lo que nos hace soñar y luchar, y levantarnos una y otra vez.

Empezaré esta intervención con una palabra que va a ser la palabra *salve*, y acabaré con una palabra que va a ser la palabra *vale*.

La palabra *vale* es la palabra con la que finaliza *El Quijote*, o sea, que no he sido muy original, sólo que igual tenemos que pensar un poco en ella. Y anticipo que *vale* es una palabra que se ponía en las cartas que se dirigían los romanos entre ellos. Más bien, cuando decimos ahora «vale» en castellano equivale a decir más o menos: «Bueno, ya está bien. Déjalo ya de una vez». También querré decir esto cuando diga «vale» al acabar, pero sobre todo quiere decir: «Deseo que tengas valor. Deseo que seas de valía, que seas alguien arriesgado, que estés dispuesto a luchar. Ojalá encuentres fuerzas y razones para batirte en la vida». Ese *vale* final implicaba un deseo de valía y de valor.

Y este *salve* inicial –*salve* es una palabra que está en la puerta de la casa de Goethe, donde se mantiene todavía grabada sobre una madera–, como se conoce, tiene que ver con salud, tiene que ver con salvación. Nosotros nos saludamos, yo les estoy saludando ahora. El saludo es no sólo una muestra de cortesía y de educación, sino también una manifestación de voluntad por la que deseamos al otro que tenga salud. Y, desde luego, cuando a alguien le deseamos salud, no simplemente le deseamos que no tenga enfermedades: «Ojalá no tengas nada maligno». ¿No quiere decir eso? Por supuesto que también, pero el mundo está lleno de gente que no tiene ninguna enfermedad y no tiene ninguna salud, y, por tanto, lo que estamos pidiendo al decir «salud» es también alguna otra cosa que tiene que ver con una vida armoniosa, dichosa, integrada, cordial, gozosa... Porque, si tenía razón Montaigne, este mundo está enfermo. El mundo está enfermo, decía él, porque entre las enfermedades del mundo estaban fundamentalmente la persecución de los indios en América, las guerras y sobre todo la falta de amistad y comunicación.

Es evidente que tenía una noción de la enfermedad curiosa, y una noción de la enfermedad que nos permite ahora decir desde el principio que si les deseo salud, si me deseo salud, es, sobre todo, para propiciar los elementos que vayan en la dirección de la creación de un mundo donde la amistad y la comunicación sean determinantes, porque el mundo hoy es, efectivamente, un mundo llamémosle «mejorable», un mundo donde hay miseria, ignorancia, pobreza, hambre y necesidad.

Y quizás en ese contexto es donde hemos de situar la política. No creo que todo es posible, pero tampoco creo que todo sea válido. Y en ese ámbito es en el que habremos de situar el espacio de lo político. Me gusta que esto sea un centro de estudios, me gusta que esto sea un seminario –la palabra *seminario* tiene que ver con sembrar, como una semilla que se expande y produce algunas turbulencias cuyos efectos nunca sabremos–; me gusta que esto sea así, porque creo que a través de la cultura y de la educación, que son el nombre, el renombre de lo político, podremos afrontar también, además de con otras medidas, lo que es la miseria y la ignorancia.

Dicho esto de entrada, creo que, sin embargo, vivimos amedrentados, preocupados, muy preocupados, muy gemebundos y muy quejillosos. Todo se puebla de cautelas y de alarmas. Estoy de acuerdo con que es necesaria la *frónesis*, la prudencia, pero no ha de confundirse con la búsqueda permanente de coartadas para no afrontar las cuestiones.

Se suele hablar de los «conseguidores», de los que logran cosas, pero creo que se habla poco de los impedidores, de todo este ejército de personas que, disfrazadas de realismo, emboscados en cautela, siempre destilan desconfianza: «A ver si...», «Cuidado con..., no sea que...» Y creo que no debemos, también en esta dignificación, como se ha dicho, de lo político, ni preocuparnos, ni resignarnos. Porque, como digo, la preocupación no es exactamente un cuidado. Sí creo que hay que tener cuidado, pero cuidado como cuando uno se cuida de algo: cuidarse de los otros, cuidarse de los asuntos, y no un alejarse de ellos, no un evitarlos. La preocupación, que se suele presentar como un enorme interés, es en muchos casos una coartada para evitar la ocupación. Preocupado estoy, no me ocupo. Eso sí, me paso el día preocupadísimo y además, si alguien se acerca, le haré ver los peligros que tiene el asunto, que se ande con mucho tino, no vaya a ser que ocurra... Todo lo pueblo de nubarrones, hago ver que todo es muy complejo. Enseguida se ven las dificultades y la complejidad.

Bueno, pues, la política exige algo fundamental que es la adopción de decisiones. Ser político es preferir. Ser político es elegir. Ser político es

decidir, y muchas veces en un espacio de enorme incertidumbre. Porque ahí no vale el espacio de la demostración, de la pura conclusión, a la que se accede a través de un encadenamiento lógico, sino que es el espacio de la argumentación, de las buenas razones, en la que se llega a un ámbito en que no cae por su peso una decisión, sino que es necesario adoptar una resolución, y ese ámbito a veces es el ámbito de la tragedia de la resolución, que ha de ser un ámbito compartido, en gran parte, pero que finalmente suele conllevar la necesidad de una decisión de enorme soledad.

Por tanto, en muchas ocasiones ha de decidirse en espacios verdaderamente exigentes. Perelman, en *Tratado de la argumentación*, dice que la diferencia entre los juristas y los filósofos es evidente: los filósofos hablan durante dos horas y luego se van; nosotros también hablamos durante dos horas, pero antes de irnos tomamos una decisión. Y asegura que durante las dos horas se habla de modo distinto si se sabe que hay que tomar una decisión antes de irse o no. Y no saben cómo cambia el discurso, si en el discurso se está preludiando la necesidad de la adopción de una decisión.

Pues bien, frente a los que preconizan la desconfianza, reclamo hoy aquí la palabra *valor* en sus múltiples acepciones, recuperar la íntima y estrecha relación del *valor* con la *valía*. Tal vez esto nos permite decir que necesitamos seres valerosos, aquellos que no son sólo capaces —no basta la capacidad—, sino que también son audaces, intrépidos, valientes. Y no me estoy refiriendo a insensatos o desmedidos, porque la *valía* no es lo mismo que la *osadía*. Pero, en última instancia, preferimos más a los que dan la cara que a los descarados. No estamos aludiendo a aquellos que insensatamente disfrazan de naturalidad la espontaneidad de su irreflexividad. No. Estamos pensando en aquellos que son capaces de ponerse en juego en lo que dicen, de correr la suerte de lo que dicen. El cuidado del valor me parece un cuidado de la salud. Y dado que les he deseado *salve*, les desearé *vale*, porque creo que quien no es valiente no tiene salud.

Probablemente en este sentido hemos de recuperar el sentir, también el alcance de quienes tienen coraje público. Tuve el placer de leer una

intervención del presidente Pujol, de una conferencia que dio exactamente sobre las ventajas o los inconvenientes, la grandeza y la miseria de la política, y me gustó leer que una página la dedicaba al coraje. Yo ya había puesto el título; no he de decir, por tanto, que lo hago como una adulación a esa página, pero sí me gustó reencontrar esa palabra. Y ahora veremos por qué.

No estoy refiriéndome a los que tienen el desparpajo de decir lo que se les ocurre, como si eso fuera sinceridad. La sinceridad no consiste en el atrevimiento de decir lo que a uno se le ocurre, en la irrefrenable capacidad de ser desatentos. La sinceridad que amamos es la de un decir de verdad, la de un decir verdadero, aquella sinceridad que hace coincidir nuestro pensar con lo que hacemos y decimos.

Pero no hay que confundir lo que se nos ocurre con lo que pensamos. Hay algunos que dicen: «Yo digo lo que pienso». Y no dicen lo que piensan, dicen lo que se les ocurre, porque lo que pensamos es fruto de toda una tarea, de toda una reflexión, de toda una vida que, entre otras cosas, cuenta con los otros. Pensar incluye la necesidad de pensar en el otro, tener en cuenta al otro, y en nombre de la sinceridad a veces somos simplemente unos ocurrentes desatentos. Y por tanto, antes de decir lo que uno piensa, tiene que preocuparse un poco de llegar a ver qué es lo que piensa.

Coraje, del provenzal *corage*, y éste del latín *coraticum*, de *cor*, corazón. *Coraje* dice *corazón*. *Coraje* dice de la palabra *corazón*. En la palabra *coraje* está la palabra *corazón*. Es una impetuosa decisión y un esfuerzo del alma, del ánimo, y por eso lo que habría que reivindicar para la política, cada día más, es la entereza. Mejor la entereza que la contundencia. Y quiero decir que la *entereza* es la misma palabra que la palabra *integridad*. La misma. La misma palabra evolucionada. Sabemos que *piger*, de *piger*, perezoso, acaba dando *pereza*. Bueno, pues *integritas*, *integritia*, *integretza*, *entegretza*, *entereza*... Es la misma palabra. Y creo que algo dicen las palabras cuando hasta físicamente salen juntas. Integridad es entereza, entereza es integridad. Ser un hombre y una mujer enteros, de una pieza, íntegros, eso es lo que necesitamos para la política; seres

capaces de no descomponerse, articulados, vertebrados, medidos, y capaces también de recomponerse, capaces de integrar. Integrar no es simplemente encajar o aceptar o soportar; integrar es siempre un crecer en saber, es un experimentar, tener pericia, hacer peripecias para fructificar.

En este sentido, exactamente, es en el que creo que es indispensable no confundir un hombre entero o íntegro con un hombre que no tenga necesidades, que no le falten cosas, que no sea carente, que no sienta también a veces su propia debilidad. Confundimos la entereza con la completud. Un hombre puede ser íntegro, entero y ser un desvalido. Tan es así, que a mí no me gustaría nada ser un hombre completo, es decir, acabado. De hecho, descalificamos a alguien cuando decimos: «Éste está acabado». Porque uno no quiere estar acabado, porque ello significa estar finiquitado y, desde luego, les recuerdo que finiquitado tiene que ver con finado, que es lo que llamamos a un muerto –un finado, el finado, el finiquitado, el acabado. Y por tanto, ¿cómo ser íntegros, enteros, sin ser acabados? Estando permanentemente en un proceso de constitución de sí. Y esto es extremadamente importante; lo más decisivo de la política es la constitución de sí mismo, de un hombre y de una mujer como políticos, para los otros. Extremadamente difícil.

Preguntando Alcibíades a Sócrates: «Quiero gobernar la ciudad. ¿Qué consejos me das? ¿Cómo me preparo?». Le dice Sócrates: «Mira, si quieres gobernar la ciudad, primero tienes que gobernarte a ti mismo, porque si uno no se gobierna a sí mismo no sé cómo va a gobernar la ciudad». Y desde luego, ahí la palabra *gobierno* se emplea en la acepción más extraordinaria que tiene. En una acepción amplia: gobierno, como se gobierna una casa; gobierno, como se gobierna una nave; gobierno, como endereza uno los caminos y los pasos en la dirección de algo quizás inalcanzable.

Eduardo Galeano hablaba recientemente, en una comparecencia pública, de algo que tantas veces hemos pensado, de la necesidad de la utopía, y decía: «La utopía es como el horizonte; uno va caminando hacia él, pero según va andando el horizonte se desplaza. Uno nunca llega al horizonte. Uno no puede quedar una tarde a merendar en el

horizonte, toda vez que según va hacia el horizonte, el horizonte se va. Y, entonces, ¿para qué sirve la utopía y el horizonte si siempre que caminamos, dando veinte pasos, nos da veinte pasos el horizonte? Pues sirve exactamente para eso, para caminar».

Y precisamente en esta misma dirección, si no existe la tensión, la ilusión, la voluntad, la necesidad, el anhelo de proponer otras formas de vida, otras posibilidades de existencia, no hay dimensión posible de lo político. Así que reivindicando lo político, diré que una de las condiciones fundamentales del político es la curiosidad. La curiosidad no sólo para ver qué pasa por ahí –curiosos hay de todo–, sino la curiosidad para ver si las cosas pueden ser de otra manera, para hacer que lo sean, y sobre todo también la curiosidad para ver si uno puede ser otro, porque no hay transformación de la realidad si no hay transformación de uno mismo. Y por tanto, esta tarea de la vida política es también la tarea de la transformación de sí. Y ésta es la verdadera curiosidad, la curiosidad de ver si podemos ser otros que los que somos.

25

Y una vez que existe esa curiosidad, otra de las grandes cualidades del político es su singularidad, ser verdaderamente singular. Es muy difícil ser singular porque confundimos la singularidad con la individualidad. Es muy difícil ser singular porque confundimos la singularidad con la extravagancia, pero digámoslo en las palabras de René Char: «Desarrollad vuestra legítima rareza. Desarrollad vuestra legítima rareza». Lo cual no hace alusión –bueno, lo decimos medio en broma– a que haya de ser uno un «rarito», un extravagante. No. Pero sólo se es singular –y citemos aquí a Hegel– en el seno de una comunidad. Sólo se puede ser diferente en el seno de lo común. Si uno no es diferente en el seno de lo común, no es diferente, es indiferente. Y ahí está exactamente lo que llamaban los grecolatinos el idiota, el *idiotés*. ¿Quién era un idiota? Un idiota era, técnicamente, un ser aislado que no tenía ninguna sensibilidad ni para lo social, ni para lo cultural, ni para lo político. Carecía de eso, era idiota extraviado, idiota perdido, y este *idiotés*, que aparece a veces como una reivindicación de la individualidad, es una forma exactamente de desvinculación, de desconocimiento para con lo común.

La otra alternativa era el esclavo. El esclavo era aquel que era arrojado fuera de la comunidad, no tenía comunidad, carecía de comunidad. Y si no hay el espacio de lo común, si no hay el espacio de la posibilidad de establecer un ámbito común, nunca habrá comunicación, nunca habrá la posibilidad de hacer una causa común, nunca habrá política. Hay que tener en cuenta que Aristóteles decía que lo común era lo más físico que había; de entre todas las cosas físicas, lo verdaderamente físico anterior y previo a todo es lo común. Y la ocupación en lo común, el desafío por generar espacios comunes, el hacer causa común resultan decisivos, el tener la capacidad de generar una emoción en común, dado que hemos de reivindicar emociones comunes, lo que se llama en castellano la *conmoción*, esto es, una emoción compartida, una emoción en común. Y voy a reivindicar la emoción como un gran factor político.

Soy muy consciente de los peligros de la emoción, pero también soy muy consciente de los peligros de carecer de ella. Desde luego, reconocemos los peligros de la emoción, sabemos y hablamos del irracionalismo, de las seducciones, pero hay que encontrar valor en el corazón de la palabra *emoción*, y ésta es mi propuesta: que para que haya coraje entremos en el corazón de la palabra; hay que buscar la palabra *motivo* en la palabra *emoción*. *Emovere, movere, mover, motivar* y *emocionar* tienen la misma raíz: el movimiento, mover; mover a alguien a hacer algo. Y desde luego, si alguien quiere mover, motivar, es decir, dar motivos a mover a que alguien haga algo, es indispensable unificar los buenos argumentos también con las buenas emociones. Y no son incompatibles, como el gusto no es incompatible con el provecho. Este plato debe de estar malísimo porque me da mucho placer. Pues no. Insisto, el gusto no es incompatible con el provecho, y el discurso político no ha de eludir, argumentando adecuadamente, la posibilidad de provocar una *conmoción*, una emoción compartida, también un sentimiento común como resultado de la capacidad de movilizar o de poner en acción a una comunidad.

Dicho esto, técnicamente es verdad que el valor a veces se ha confundido con los valores. Se habla mucho de los valores, pero a veces los

valores han perdido valor. Se han devaluado. Han venido a ser simplemente eso: valores; entidades abstractas, sin ninguna fuerza configurativa, conformadora. No constituyen ni conforman instituciones. El valor ha de constituir una institución. El valor ha de pasar por una institución, porque no podemos hacer de los valores pura mercancía, vacua cantinela. Estamos en un mercado de valores. Efectivamente, todo se ha puesto perdido de valores. Todo es puro comercio. Pero, a veces, la capacidad que ha de tener el valor para generar una institución donde haya capacidad de emoción es determinante. Y vivimos probablemente en un ámbito en el que se ha generado o entronizado el aburrimiento: las instituciones aparecen como un algo aburrido. Resulta que el aburrimiento, o *langeweile*, que dice la lengua alemana, es el puro durar de lo igual, un lapso largo de tiempo. Parece que da igual lo que se haga, y aquí reaparece el alma bella hegeliana, cuyo modo de proceder se extiende cada vez más socialmente.

El alma bella hegeliana es la de aquel que tiene una idea tan extraordinaria del bien, que cualquier acto le parece que no está a la altura del bien de verdad; tiene una idea tan extraordinaria de la justicia, que cualquier cosa le resulta poca para la justicia. ¿Y saben lo que hace? Nada. Nada. Y señala Hegel: «El alma bella se deshace en una nostálgica tuberculosis». Todo se ha puesto perdido de tuberculosos que dicen: «¿Para qué? Si total, qué más da, si al final..., si el mundo..., si la globalización..., si el universo». Sí, coartadas para no hacer. Aburrimiento, todo da igual.

Y en este contexto es en el que he de traer un escrito que tantas veces nos acompaña, que es el texto de Aristóteles en el que se distingue entre los animales y los hombres: «Los hombres y las mujeres somos de palabra, los animales tienen voz. La voz sirve para expresar el gusto y el disgusto, el placer y el desplacer. Pero la palabra busca procurar lo conveniente y lo inconveniente, lo justo y lo injusto». Bueno, la cosa tiene interés. No es que yo esté en contra del placer o el desplacer, pero si la palabra se ocupa de lo conveniente y lo inconveniente, lo justo y lo injusto, la tarea fundamental de la política no es la de poner voz, sino la de crear condiciones para la palabra.

Necesitamos hombres y mujeres de palabra que empeñen su vida por lo conveniente y lo inconveniente, por lo justo y lo injusto. Y además, la palabra constituye en su sonido una comunidad. Tan es así que los griegos creían, y Aristóteles dice, que «el tamaño ideal de una ciudad es el tamaño del alcance de la palabra de quien habla». Así que si uno habla y a partir de una fila ya no le oyen, éstos ya no son de su ciudad, porque es la palabra la que constituye una ciudad, porque también una comunidad es una palabra compartida, una palabra en común. Y esa palabra compartida nace de la necesidad de que cada uno tenga su propia palabra, su irrepetible palabra, la que nadie dirá por él, su singular e irrepetible palabra.

El otro día leí en un periódico, para mi desconcierto, que había habido un accidente y que sólo había muerto una persona, y ponía «sólo». Ponía: «Sólo ha muerto una persona». Quizá tenía otras expectativas el periodista, pero lo que sí está claro es que alguien es siempre alguien irrepetible, sin sustituto. Nadie vivirá su vida, nadie morirá su muerte, nadie dirá su palabra, nadie dirá tu palabra. Y encontrar un espacio de palabra compartida, encontrarse a otros con quienes poder compartir una palabra para configurar algo común, es un empeño del político.

No me estoy refiriendo, por tanto, cuando hablo del valor, al valor que se le concede a las cosas, un valor de mercado, que no ha de coincidir necesariamente con lo que algo es. Es el valor de la sociedad de valores. Todo ha devenido valor, todo depende del valor que se le otorga. Pero el valor que hoy reivindico es el valor de comunicarnos, el valor de tener algo que ver unos con otros, de tener algo que ver con alguien. La expresión «tener algo que ver» es una expresión maravillosa. Tan importante es tener que ver con alguien que sin él no se ve, y por tanto la propia palabra de alguien sólo viene a través de los otros. Si uno ha de encontrar su propia palabra, sólo la encontrará en comunicación, en comunión con los demás, y por tanto la política no simplemente tiene que procurar un ámbito común como la indiferencia de la palabra de cada uno, sino exactamente lo contrario. Sólo en el seno de esa comunidad encontraremos nuestra propia

singularidad, nuestra propia palabra. Sólo seremos singulares en el seno de lo común.

Y esto nos lleva a otra necesidad, la de una sociedad en la que, también en muchos ámbitos, personas de todas las edades –muy singularmente los jóvenes, atrapados en la necesidad de la eficacia de una acción– quieren unir inmediatamente la decisión con la ejecución –porque la política no sólo es el arte de la decisión: es el arte de la temporización entre la decisión y la ejecución, porque si no hay mediación entre la decisión y la ejecución, cuando uno quiere unir la voluntad y la ejecución sin mediación alguna, a eso le llama Hegel «el terrorismo de la voluntad».

Ése es el terrorismo verdadero: unir voluntad y ejecución sin mediación. Lo llamamos a veces «acción directa»; lo llamamos a veces «personas eficaces», que antes de haberlo pensado ya lo han hecho. «¡Es que da gusto verlo!» A mí no. Más bien creo en mediaciones a través de los demás, en mediaciones a través de la conversación y el diálogo, en mediaciones a través de las instituciones, en mediaciones a través de espacios de deliberación y de decisión compartidos, donde hay corresponsabilidad aunque alguien asuma en su soledad la última decisión. Y por tanto hemos de reivindicar esos espacios no como una pérdida de tiempo, sino como una garantía del procedimiento que es la clave de la democracia. La democracia es procedimiento, proceso, ámbito y mediación.

Por eso, generar espacios para afrontar situaciones de deliberación, de decisiones, no confundir la comunicación con la transmisión simplemente de noticias o de información, es decisivo para señalar que *íntegro* habla de una plenitud más que de una «completud», como hemos dicho. A todo hombre y a toda mujer le falta mucho, le queda mucho, y por eso es cierto, se dice, que el político ha de ser suficientemente vanidoso. Desde luego. Pero también ha de ser suficientemente humilde.

La arrogancia es un elemento determinante para la desconsideración respecto de alguien. Suelo decir en otros ámbitos que es muy importante

quererse mucho a sí mismo –lo hemos subrayado alguna vez–, que si uno no se quiere a sí mismo es peligroso, muy peligroso; pero también hemos dicho que no hay que gustarse mucho, que si uno se gusta mucho es muy peligroso. Entonces lo difícil es cómo quererse mucho sin gustarse mucho, que es de lo que se trata, y por tanto, cómo estar dispuesto a luchar para valerse desde la percepción de que uno necesita y precisa mucho aún por hacer. Y por tanto necesitamos de los otros.

La política es siempre una tarea común, incluso la tarea común para poder configurarse, conformarse a sí mismo. En definitiva, valientes son los que tienen fuerza y salud. En última instancia, cuando hablamos de ser valientes con los otros es también aceptar en nuestra humildad que aún estamos un poco enfermos. Bueno, siempre hay alguien que cree que es inmejorable, que es insuperable. Por si hay alguno presente en la sala, que no creo, le pido que por favor no lea; le pido que por favor no hable con los demás; le pido que por favor se regodee en sí mismo en la autosatisfacción de estar acabado. De lo contrario, si lee, habla y escucha podría llegar a ser otro. Pero si eso es así, nosotros, los que necesitamos de fuerza y salud, no sólo somos valientes, sino que somos valientes con otros, somos con-valientes, somos convalecientes. Ser convaleciente es también robustecerse, volverse fuerte, fortalecerse y cobrar salud en relación con los demás. Así que el valor de la política en su singularidad es el valor como salud. Valor viene de *valeo*, *valere*, que significa estar fuerte, ser fuerte, ser robusto, tener fuerza.

La fuerza nos viene a veces de los discursos de los otros. En ocasiones encontramos en las palabras las fuerzas que no tenemos. A veces hayamos también en una conversación el sentido del que carecemos. Cuando Lucilio se dirige a Séneca le dice: «Mira, he perdido a un hijo. ¿Tienes por ahí un escrito a mano?». Porque esto era muy típico entre los romanos, o grecolatinos, enviarse un texto para salir adelante, dotarse de armas y de valor para batirse en la vida, tener textos para encontrar las fuerzas de las que uno tiene. Y dice Séneca: «Yo no tengo ningún texto. Ahora, yo también he perdido un hijo y te puedo escribir uno». Y le redactó las *Cartas a Lucilio*.

Por eso nos reunimos aquí una mañana de primavera, para encontrar también armas, fuerzas y valor que nos permitan batirnos en la vida, a través de la palabra. Porque *valeo* quiere decir también «significar», «tener la valía», por ejemplo: *verbum latinum idem vale*, es decir, «la palabra latina significa lo mismo», o «tiene el mismo significado», donde el verbo *valeo* también tiene que ver con el «significar algo». Incluso los latinos decían *convalescemus*, que viene a ser lo mismo que *convalemus*, para decir «cuando estamos sanos». Claramente para un latino la valía, el valor y la salud están íntimamente unidos, y *vale* es el imperativo del verbo *valeo*: cuando nos despedimos, como he dicho, y le decimos a uno: «Adiós, que te encuentres bien», y también cuando nos encontramos con alguien.

Por eso, en este horizonte, desearía reivindicar una palabra un poco trasnochada, y esta palabra trasnochada que quiero reivindicar es la palabra *fraternidad*. Es una palabra muy revolucionaria. De hecho, esta palabra, *fraternidad*, es una palabra con muchas connotaciones posteriores, que se decía en la época de la Revolución Francesa pero que se decía muy en voz baja; había que decirla al oído porque era una palabra subversiva. Por cierto, decimos «libertad, igualdad, fraternidad», pero *fraternidad* no es un término que esté desde el principio, es un término que se incorpora algo después. Se decía así –yo lo voy a decir también bajo, por si nos oye alguien por ahí–: *salut et fraternité* («salud y fraternidad»).

El árbol de la libertad era situado en el centro de las plazas. Hegel y sus amigos plantaron el árbol de la libertad. Lo plantaron el 14 de julio, en homenaje a la Revolución Francesa, y Hegel dijo: «Todo hombre y mujer bien nacido celebrará siempre esta fecha». Y bebía vino francés. Sin embargo, él también señaló que esta noción abstracta de la revolución había comportado en su abstracción que se «cortaran cabezas como coles», según dice. Y en este contexto, el árbol de la fraternidad no se plantaba en el centro de la plaza, sino que los árboles de la fraternidad se plantaban en los linderos de los caminos, entre los pueblos. Había muchos, no uno solo y, además, servían para delimitar los espacios, para entrelazar los pueblos también.

Y *fraternidad* se emplea una única vez como verbo en los textos de Hegel, indirectamente citado por Nohl, en 1907, como fraternizar (*fraternisieren*). Y fraternizar aparece como una operación, que es la operación que nosotros creemos que responde bien a lo que en griego quiere decir *filein, filia*, que es generar lazos, entrelazar, vertebrar, entretelar, tramar, intrigar, tener capacidad de conformar, de configurar. Y ésa es la tarea del político: como dice Platón, un tramador, un urdidor, alguien que es capaz de tejer algo socialmente.

¡Cuánto necesitamos seres capaces de tejer! Quizás tejer y destejer. Pero cuánto necesitamos seres capaces de articular, de vertebrar. Cuánto necesitamos hombres y mujeres ejemplares que con su palabra conforman y configuran espacios compartibles. Cuánto necesitamos seres –ésta es la gran política– capaces de crear condiciones para la palabra de todos y de todas, que es lo que llamamos exactamente dejar hablar. Y esto –ya para acabar– es lo que hacían los *parresistas*, que eran los que decían lo que pensaban, pensaban lo que decían y decían y hacían lo que pensaban. De esto hay muy pocos, pero se suelen dar casos de aquellos que dicen y hacen lo que piensan y dicen, y viven lo que dicen y hacen. Por eso, nosotros, en una sociedad en la que se ha constituido el miedo como valor supremo, reclamamos esta valía del político, como reclamamos la audacia; pero no la audacia de despojarse de todo temor, sino la audacia de no hacer del miedo la vértebra social; la de no articular un mundo donde la justicia se ha puesto al servicio de la seguridad, en vez de estar la seguridad al servicio de la justicia.

Y por eso he dicho, o quisiera decir, en la dirección –repito– de concluir, que siempre es necesario hacer más, es cierto, pero es necesario también hacerlo con más intensidad, con más densidad, sin precipitarse. Y frente a esta obsesión por la proliferación de la actividad –decimos que todo se ha puesto perdido de actividades–, es necesario –como decíamos– una acción mesurada, motivada, capaz de conmover. Por eso, en este momento difícil, cuando –como decía el presidente– se viven tiempos que no son los grandes momentos de lo político, tenemos

que reivindicar más que nunca la necesidad de la gran política, la necesidad de la política que no se pliega –no la politiquería ni los politicastros–, sino la política, la gran política que permite decir. Y yo lo diría: no es tiempo de replegarse. Y si es de replegarse, será para desplegarse mejor, para hacer valorar en la sociedad la política, para hacer valorar lo político a través de la única acreditación del humano, que es la amistad y la comunicación.

Nos valemos y nos hacemos valer con ellos. El valor de hacerse valer para los otros es el valor del *auctoritas*, la autoridad moral, y esto es lo que necesitamos de los políticos, seres con autoridad moral. Ya sabemos que la *potestas* también se va perdiendo, pero desde luego la autoridad moral es imprescindible. ¿Dónde está la autoridad moral de seres que saben lo que dicen y viven lo que saben? Por eso, aprender a vivir la propia vida nos hace traer esta mañana unas palabras como medicamentos, podríamos decir. Y estas palabras como medicamentos querrían proponer lo que alguna vez también hemos llamado «el sí telefónico». Deseo acabar proponiendo el sí telefónico. El político es el que pone el sí telefónico.

¿Qué será esto del sí telefónico? Cuando uno coge el teléfono, dice: «¿Sí? ¿Sí?». Y alguno se pregunta: «¿Por qué dirá sí, si no he hablado todavía?». Pongámonos en otra tesitura. Coger el teléfono y decir: «No, no, ni hablar. De ninguna manera». Diríamos: «Bueno, ¿y esto cómo es posible?». ¿Y qué diferencia hay entre lo primero y lo segundo, decir sí o decir no al coger el teléfono, si nadie ha hablado todavía? Porque el sí no es sólo la afirmación de lo que uno ha dicho, sino que es la creación de condiciones de posibilidad para la palabra del otro. El sí abre el espacio para la palabra del otro. El sí no es el sí que habla en lugar del otro, sino el sí que deja hablar. Y considero que ésta es una de las tareas fundamentales de la política, no sólo hablar en lugar de los demás, sino crear condiciones de posibilidad para la palabra de todos y de todas. Éste es el sí telefónico, el sí que abre un espacio, y la política y el político ejemplar son los que generan la posibilidad de una gran conversación social. ¿Dónde está esa conversación? ¿Dónde está ese sí político? ¿Dónde están esos hombres y mujeres ejemplares?

Creo profundamente, convencidamente, en la política, en la dimensión política de los hombres y mujeres de valía, y, por tanto, más allá de la conversación que luego podamos tener, quería desearles, en un contexto en el que posteriormente se hablará más concretamente de las nuevas formas de lo político, de la necesidad que hay de generar formas distintas de lo político. No sé sobre eso, pero escucharé con mucha atención; lo que sí quería es reivindicar la salud y la valentía como elementos fundamentales en esta sociedad tibia, amedrentada y escondida en el afán de seguridad. Y por eso les deseo, de todo corazón, una vez que la ley del corazón ha quedado también superada por el coraje y hemos de pasar del puro sentimiento entendido como la individualidad al coraje de la singularidad –más vale el coraje de la singularidad que el puro corazón reducido de la individualidad–, más vale el valor. El coraje es el corazón en el seno de lo social, es nuestro corazón palpitando socialmente con otros–, coraje y valía públicos. Les quería desear precisamente fuerza y valor, así que: *vale*.